



DISCURSO

pronunciado en el bosque de Chapultepec, por el
señor don José T. de Cuellar, el XIII
aniversario de la Asociación del
Colegio Militar.

SEÑOR MINISTRO:

Señores:

HACE treinta y siete años que á la hora misma en que tengo el honor de dirigiros la palabra, atronaban este espacio, hoy tranquilo y risueño, las formidables detonaciones del cañón enemigo. Estos vetustos ahuehuetes sentían trepidar sus brazos venerables al fragor de la guerra y presenciaban horrorizados la agonía de nuestros hermanos en la terrible

lucha del honor contra la usurpación y del derecho contra la perfidia. Un enemigo poderoso, mas sediento de aventuras que de gloria, había desbordado sus huestes rencorosas sobre nuestros campos. No era el pueblo americano actual, sinó las escorias de una inmigración inusitada y menesterosa la que aceptaba el fusil de combatiente, en cambio de un jornal que había venido buscando desde Europa. Tampoco eran la justicia y el derecho, sinó la insidiosa política vulgar de algunos, un alarde innecesario de fuerza y la sórdida codicia de negociantes, lo que determinó esa guerra injusta, considerada hoy á la luz del criterio histórico como una aventura deshonrosa para un país que sabe apreciarse.

La suerte de México estaba echada de antemano: porque la inquebrantable ley del progreso de la humanidad, que se encamina á la paz universal, ya no concede la victoria al valor brutal ni al temerario arrojo de los combatientes, como en los tiempos de Atila y Alarico; hoy esa ley supre-

ma del progreso concede en la guerra las palmas del triunfo en proporción del adelanto moral y científico de los pueblos, y de su sólida y previsiva organización interior; porque los pueblos, á semejanza de los individuos, necesitan para ser fuertes asumir en su colectividad la armonía de facultades y aptitudes del tipo personal; y así como el hombre civilizado que ha alcanzado cierto grado de perfección moral y física, triunfará siempre del valor salvaje y del torpe ataque, así los pueblos mejor organizados conforme á las leyes del progreso humano, triunfarán en la guerra.

Pero la lucha desigual y la guerra injusta, son precisamente el crisol de las virtudes cívicas; y sean cuales fueren los avances del progreso de las naciones en las artes de la guerra, el saber inmolarsé por la patria será, mientras haya humanidad, una de las virtudes mas grandes de los hombres.

No puede ser otro el espíritu de esta solemnidad que rendir el culto divino á la epopeya de los mártires del deber y de la

patria. A todos nos trae á este sitio una espontánea sugestión de la justicia, la conciencia de un deber sagrado, y el sentimiento de la nacionalidad; sentimiento que, sean cuales fueren nuestras vicisitudes públicas y nuestras pasiones personales, debe levantarse en nosotros eternamente como la voz imponente y sagrada de la madre patria.

El sacrificio de la vida por la honra nacional es la más sublime de las virtudes cívicas; pero no tiene precio y será siempre objeto de culto para los hombres, cuando este sacrificio no asume el carácter ni de la lucha por la vida, ni de la fiebre por el triunfo, sinó el triste cumplimiento de un deber terrible.

¡Qué mucho que á las ordas invasoras del Norte, opusiera México, en los días del conflicto, no sólo sus batallones regulares, sino el valladar sagrado de sus ciudadanos distinguidos, de sus hombres de letras, de sus jurisconsultos y sus médicos! Huestes armadas por la virtud del patriotismo, inspira-

das por el deber mas santo, y prontas á morir antes que dejar á la patria envilecida.

Así cumplieron como buenos en Padierna y Churubusco, Frontera, Parrodi, Anaya, Gorostiza, Peñúñuri, Martínez de Castro y otros muchos; porque si México no podía oponer entonces á la fuerza invasora los refinamientos del arte de la guerra, si podía ofrecer puñados de valientes indomables, que supieran sucumbir con gloria por la patria. Y como todo sacrificio era pequeño ante la salvación nacional, no contento con oponer á las balas enemigas el pecho de ilustres ciudadanos, aventura en la lucha la Escuela Militar, sus cadetes imberbes, sus niños soldados, á quienes la Nación no sólo enseña el manejo de las armas y las artes militares, sinó el sangriento camino de la defensa de la patria.

Entre esos niños tuve la fortuna de contarme; entre ellos y en el fragor del combate y entre el humo de la pólvora aprendí á amar á mi patria; á mi lado cayeron heridos por las balas americanas Escutia, Mel-

gar y Suarez, Márquez, Barrera y Montes de Oca; apoyado á mi cuerpo hirieron al sargento alumno Romero; yo ví espirar al valiente y esclarecido Cano, pasado el dorso de parte á parte; yo ví recoger el cuerpo de Pérez Castro, dividido en dos, por una bala de cañón; yo recogí el funesto presagio de Montes de Oca, á quien no sé qué voz de la eternidad le anunció su muerte. Impresionado por la convicción con que me habló de su fin inmediato, le buscaba entre mis compañeros en el combate, le busqué después entre los prisioneros; pero hasta los tres días pude encontrar su cadáver en el cerro, al lado N.

Y puesto que á la memoria de esos mártires se ha levantado este monumento, y al recuerdo del sangriento drama os agrupais en este sitio; permitidme que, aniquilando el período de treinta y siete años, se levante la voz de un testigo presencial, del cabo de alumnos que tiene la honra de hablaros, para narrar un episodio del asalto, referente á una de las víctimas.

El alumno Suarez pertenecía por su pequeña estatura á la segunda compañía, era delgado, nervioso y de constitución delicada; pero de mirada viva y penetrante y de ánimo resuelto. Desde que comenzó el asalto, el fuego de fusilería se generalizó por todas las líneas. Yo me mezclé, de mi orden, en un pelotón de seis soldados del Batallón de San Blas, para hacer fuego con ellos en la glorieta semicircular del Mirador. Bien pronto, de siete quedamos cuatro, tres soldados de San Blas murieron á mis piés, y ya casi agotado el parque de mi cartuchera, una detonación sobre mi cabeza me hizo volver la cara. El enemigo estaba á cinco pasos. En este momento ví avanzar á Suarez, con su pequeño fusil en la mano, á tiempo que el primer americano bajaba la escalera, Suarez subió á su encuentro, y con formidable golpe de su bayoneta atravesó al enemigo por el estómago.

En vano busqué después á Suarez. No supimos de él sino cuando se contaron los cadáveres.

Si fueron aciagos y terribles los cuatro días de bombardeo al Castillo, el descenso del Colegio militar en masa por esa pendiente inaccesible de la montaña, fué espantoso. Al día siguiente cada sinuosidad, cada pequeña planicie de las rocas estaba señalada con grupos de cadáveres; y es que había puntos en que, siendo imposible descender no quedaba más recurso que elegir el género de muerte.

Caímos prisioneros no sin haber despedido nuestros pequeños fusiles contra las rocas, antes que entregarlos al enemigo; y ciento setenta y un individuos confundidos con heridos, miembros humanos y cadáveres fuimos encerrados en la Sala de la Biblioteca del Colegio, destrozada por las balas del cañón y por la soldadesca americana. Al ver enarbolado en nuestro palacio el pabellón de las estrellas, las lágrimas brotaron de nuestros ojos... Pero habíamos cumplido con nuestro deber.

Señores: Si los recuerdos que he evocado han podido agregar un perfil más al cua-

dro histórico de los sucesos, y si éste ha avivado vuestro noble amor á la patria, rendid un homenaje á la memoria de los que sucumbieron con honra en la fatal jornada del 13 de Setiembre de 1847.

Y si las lecciones del pasado no han de ser estériles para nosotros, recordad siempre que el terrible desenlace de esa guerra, fué debido á la impericia, á la imprevisión, á la falta de organización militar; y sobre todo, á la discordia civil que fomentaba pasiones bastardas en oposición á los sagrados intereses de la patria. Pero nada de esto empaña la gloria de los que supieron luchar como ciudadanos dignos y como buenos mexicanos. Precisamente ese conjunto de circunstancias adversas que hacían más y más remota la victoria, realza más el heroico sacrificio de los que dieron su sangre por la honra nacional.

Recordad, siempre, oh jóvenes alumnos, que la falta de moral, de disciplina, y de instrucción es la anemia que mina á los ejércitos, haciéndolos inútiles para el com-

bate, y á los pueblos impotentes para luchar contra sus invasores; que nuestra independencia y nuestras leyes no pueden ser guardadas sino por ciudadanos dignos por oficiales instruidos y por ejércitos disciplinados; y plegue á Dios que las virtudes cívicas sean constantemente el punto objetivo de la educación de nuestras masas; y el fin moral de la enseñanza, dar al Estado ciudadanos instruidos y moralizados, único elemento que hace á los pueblos fuertes, respetables y felices.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1425 BARRIO DE SAN CARLOS



EL ESTADO DE COSAS.

POR muchas que sean las disidencias de la familia humana, por encontrados que sean los intereses que la subdividen en facciones contendientes, y por más que todos los pueblos de la tierra atraviesen por períodos de decadencia y de reacción, la ley de fraternidad y de unión impera y triunfa siempre de todos los obstáculos, y se sobrepone al fin á todas las crisis, para evitar la completa disolución social.

En toda sociedad que degenera y se envilece, se pueden notar más y más marca-

dos, invadiendo todo el cuerpo social, como atacado de *trichinosis*, los síntomas del egoísmo. Este sentimiento, que es el «*sálvese quien pueda*» de la degeneración moral, se apodera de las conciencias como el pánico en los grandes peligros; cada cual busca fácil explicación de su conducta en la masa general de los prevaricadores, abona sus acciones con el ejemplo de los demás, y aunque lamenta ostensiblemente el camino que *las cosas* toman á su vista, el diablo del egoísmo lo catequiza *in petore*, y se cue-la, sacudiendo sus últimos escrúpulos, á las filas de los desmoralizados, proponiéndose, naturalmente, volver sobre sus pasos cuando *las cosas* vuelvan á tomar su curso ordinario.

—¡Qué dice usted qué malas están *las cosas!* dicen por todas partes.

—¡Malísimas! Esto ya no se puede aguantar.

—Mientras no pase *este estado de cosas*, dicen también muchos, no haremos esto ó aquello.

Nadie especifica *las cosas* de que se trata, nadie se refiere á cosa determinada, pero todo el mundo comprende lo que son *las cosas*; y nótese que *las cosas* no son más que de los tiempos calamitosos, y es frase convencional para aludir á ellos. En tiempos bonancibles no hay *cosas*, nadie se acuerda de la palabra, y la prosperidad y la bonanza no se cuidan de palabritas, y nadie se atreve á decir «¡qué buenas están *las cosas!*» por temor de que no le entiendan.

Pues bien, el aura popular trae de aquí para allí el rumor de que *las cosas* están muy malas; cada cual piensa para su sayo y se reconcentra, por si acaso, por más que viva distante y ageno de *las cosas*; pero la expresión es tan lata, y su extensión tan ilimitada, que el egoísmo asoma la cabeza y el malestar cunde por todas las esferas sociales.

Entre nosotros, desgraciadamente, casi siempre han estado malas *las cosas*; y entre si se componen ó no se componen, nos

la hemos ido pasando en espera de mejores días, cuando repentinamente, y á pesar de todas nuestras esperanzas, *las cosas* vuelven á complicarse y á ponerse peores.

Hé aquí por qué se convierten en estacionarios el egoísmo y el retraimiento, y por qué cada cual se cuida sólo de pasar el presente como se pueda, sin dar un solo paso para preparar *las cosas* del futuro. La espuela de la necesidad latente obliga á moverse en un pequeño círculo al industrial y al comerciante, y cuando han logrado el pan cotidiano, creen haber alcanzado un bien inestimable, puesto que *las cosas* están tan malas. El comercio se subdivide hasta lo infinito, hasta plantar tres estanquillos y seis zapaterías en cada calle; la mercería extranjera habilita un ejército de varilleros, que venden aretes de rubíes de á tres centavos sobre el pavimento, ó provistos de una caja con vidrio se lanzan por esos mundos de Dios á buscar fortuna, y hasta hay sujetos cuya única ocupación ostensible en las doce horas útiles del día, es vender un

peinecito de carey para los bigotes ó un anillo falso.

El comercio, en fin, llega al último límite de la divisibilidad, para marcar de una manera inequívoca que la unión de los intereses individuales, que es el paso regular del progreso, está por los suelos. Esta separación y divorcio de los intereses personales se vuelve sistemática, y los lazos de la sociabilidad se rompen por completo y en todas las esferas sociales, pero mucho más en las proletarias, la actividad individual se aísla para vegetar sin esperanza de mejoría.

En este *estado de cosas*, decíamos al principio, que la ley de la fraternidad y de la sociabilidad triunfa de toda división, porque á esta ley obedece hasta el mas refinado instinto del egoísmo; la prueba es que nuestras clases proletarias, cansadas del aislamiento, llegaron á comprender las ventajas del mutualismo; cada uno encontró ventajoso para su individuo sacrificar una cuota en pago anticipado de la asistencia médica y de sus propios funerales; y hé aquí la

eracción natural, la evolución sociológica que sobre los mismos campos estériles del egoísmo y el ensimismamiento funda la asociación, y hé aquí el resorte moral que por ensalmo ha instituído en la República centenares de asociaciones mutualistas, sostenidas por el triste vínculo del horror á la enfermedad y á la muerte.

A la mayor parte de estas agrupaciones de individuos no las sostiene otro resorte, ni las liga otro lazo; pero quieran ó no, ya cayeron bajo el dominio poderoso de la ley de fraternidad, con tanta razón y con tanta sabiduría encomiada, recomendada y predicada por Jesucristo.

Ya en este buen sendero, ellas darán el segundo paso á la fraternidad; y la experiencia y hasta la costumbre, les irá haciendo comprender la sublime máxima de amaos los unos á los otros. Estas sociedades mutualistas caen bajo el dominio de la misma ley de sociabilidad, por otro medio indirecto; y este medio es la natural tendencia de esta desgraciada humanidad á divertirse;

tendencia que, lo mismo improvisa la danza de la muerte entre salvajes, que el abono á precio de oro para oír á la Patti.

Esta otra tendencia saca á las sociedades mutualistas de su monotonía de once meses para la celebración de su aniversario, único día en que los socios se ven las caras unos á otros, sin contar el pequeño núcleo de las sesiones ordinarias, que cuida esos once meses de que el fuego sagrado no se apague.

Este es el estado en general de todas esas sociedades, en las que existe gran desproporción entre el número de inscritos, el número de los que cumplen y el número de los que trabajan.

Es de esperarse ahora, si no miente la infalibilidad de las leyes sociales, que una vez formadas las agrupaciones, siquiera sea con el triste vínculo de la sentencia personal de muerte, y reunidas cada año siquiera sea con el pueril intento de divertirse, que empezarán á despertarse en ellas las múltiples y variadas cuestiones de los verdaderos intereses de clase, de gremio, de industria, de

trabajo, de bienestar social y de mejoramiento moral y material; intereses que, sostenidos por la fuerza colectiva de la asociación, han de determinar precisamente el cambio favorable y radical de las clases proletarias, en beneficio del progreso positivo de la República.

